

ANTONY BEEVOR

STALINGRADO



CRÍTICA

ANTONY BEEVOR

STALINGRADO

Traducción castellana de
MAGDALENA CHOCANO

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2000
Primera edición en esta nueva presentación: mayo de 2015

Stalingrado
Antony Beevor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Stalingrad*

© Antony Beevor y Artemis Cooper, 1998
© de la traducción, Magdalena Chocano Mena, 2000

Fotocomposición: Moelmo S. C. P.

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-843-3
Depósito legal: B. 8290 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

Índice

Prefacio	7
Primera parte: «El mundo contendrá la respiración»	11
1. <i>La espada de doble filo de Barbarroja</i>	13
2. « <i>Nada es imposible para el soldado alemán</i> »	21
3. « <i>Derribad la puerta y toda la estructura podrida se vendrá abajo</i> »	29
4. <i>La soberbia de Hitler: el retraso de la batalla por Moscú</i>	37
Segunda parte: El relanzamiento de Barbarroja	53
5. <i>La primera batalla del general Paulus</i>	55
6. ¿ <i>Cuánta tierra necesita un hombre?</i>	71
7. « <i>Ni un paso atrás</i> »	85
8. « <i>¡Llegamos al Volga!</i> »	101
Tercera parte: «La ciudad fatídica»	117
9. « <i>El tiempo es sangre</i> »: <i>las batallas de septiembre</i>	119
10. « <i>Rattenkrieg</i> »	139
11. <i>Traidores y aliados</i>	157
12. <i>Fortalezas de hierro y escombros</i>	175
13. <i>El asalto final de Paulus</i>	193
14. « <i>¡Todo para el frente!</i> »	203
Cuarta parte: La trampa de Zhukov	217
15. <i>La operación Urano</i>	219
16. <i>La obsesión de Hitler</i>	243
17. « <i>La fortaleza sin techo</i> ».	253
18. « <i>Der Manstein Kommt!</i> »	265
19. <i>Navidad a la manera alemana</i>	283
Quinta parte: El sometimiento del VI ejército	301
20. <i>El puente aéreo</i>	303

21.	«Rendirse es imposible»	321
22.	«Un mariscal de campo alemán no se suicida con un par de tijeras de uñas»	339
23.	«¡Se terminó el baile! Ha caído Stalingrado»	357
24.	<i>La ciudad de los muertos</i>	367
25.	<i>La espada de Stalingrado</i>	377
Apéndice A:		
	<i>Orden de batalla de alemanes y soviéticos, 19 de noviembre de 1942.</i>	389
Apéndice B:		
	<i>El debate estadístico: El número de hombres del VI ejército en el «Kessel».</i> . . .	395
	Referencias	397
	Notas	399
	Selección bibliográfica	423
	Índice de ilustraciones	431
	Índice de mapas	433
	Créditos fotográficos	435
	Índice alfabético	437

La espada de doble filo de Barbarroja

El sábado 21 de junio de 1941 comenzó con una mañana de verano perfecta. Muchos berlineses tomaban el tren a Potsdam para pasar el día en el Parque de Sans Souci. Otros iban a nadar a las playas del Wannsee y el Nikolassee. En los cafés, el amplio repertorio de chistes sobre la fuga de Rudolf Hess a Gran Bretaña había dado paso a rumores acerca de la inminente invasión de la Unión Soviética. Desanimados ante la perspectiva de una guerra más larga, algunos ponían sus esperanzas en la idea de que en el último momento Stalin cedería Ucrania a Alemania.

En la embajada soviética en la calle Unter den Linden los funcionarios estaban en sus puestos. Un mensaje urgente de Moscú exigía «una aclaración significativa» de los enormes preparativos militares en las fronteras desde el Báltico hasta el Mar Negro.¹ Valentín Berezhkov, el primer secretario e intérprete jefe, telefoneó al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán en la Wilhelmstrasse para concertar una entrevista. Se le dijo que el ministro del Reich Joachim von Ribbentrop estaba fuera de la ciudad, y que el secretario de Estado barón Von Weizsäcker no podía ponerse al teléfono. A medida que transcurría la mañana, llegaban de Moscú nuevos mensajes urgentes pidiendo noticias. Había una atmósfera de histeria contenida en el Kremlin mientras aumentaban los indicios de las intenciones alemanas, llegando a más de ochenta las advertencias recibidas durante los ocho meses anteriores. El subdirector de la NKVD (policía de seguridad) acababa de informar que había habido no menos de «treinta y nueve incursiones aéreas en las fronteras de la URSS» el día anterior.² La Wehrmacht se preparaba sin ningún disimulo, aunque la falta de secreto parecía confirmar la idea en el retorcido cerebro de Stalin de que esto era parte de un plan de Adolf Hitler para extraer mayores concesiones.

El embajador soviético en Berlín, Vladimir Dekanozov, compartía la con-

vicción de Stalin de que se trataba de una campaña de desinformación desatada originalmente por los británicos. Incluso desdeñó el informe de su propio agregado militar que se refería al despliegue de 180 divisiones en la frontera. Dekanozov, un protegido de Laurenti Beria, era también georgiano y miembro veterano de la NKVD. Su experiencia en asuntos exteriores iba poco más allá de los interrogatorios y las purgas que había realizado de diplomáticos mucho más experimentados que él. Otros miembros de la misión, aunque no se atrevían a expresar sus opiniones con demasiado énfasis, apenas si tenían dudas de que Hitler estaba planeando una invasión. Habían incluso enviado las galeradas de un manual de frases preparado para las tropas invasoras, que un impresor alemán comunista había llevado secretamente al consulado soviético. Entre las frases traducidas al ruso estaban: «¡Ríndase o dispare!», «¡Arriba las manos!», «¿Dónde está el director de la granja?», «¿Es usted comunista?».

Las nuevas llamadas de Berezhevskiy a la Wilhelmstrasse obtuvieron por respuesta que Ribbentrop «no está aquí y nadie sabe cuándo regresará».³ Al mediodía, intentó contactar con otro funcionario, el jefe del departamento político. «Creo que algo está ocurriendo en el cuartel general del Führer. Es muy probable que todos estén allá.» Pero el ministro de Exteriores alemán no había salido de Berlín. Ribbentrop estaba ocupado preparando instrucciones para la embajada alemana en Moscú con el encabezamiento de «¡Urgente! ¡Secreto de estado!». Al día siguiente, por la mañana temprano, unas dos horas después de que comenzara la invasión, el embajador, el conde Friedrich Werner von der Schulenburg, debía transmitir al gobierno soviético una lista de agravios que servirían de pretexto.

A medida que anochecía ese sábado en Berlín, los mensajes de Moscú se hacían cada vez más frenéticos. Berezhevskiy telefoneaba a la Wilhelmstrasse cada media hora. Con todo, ningún alto funcionario respondía a sus llamadas. Desde la ventana abierta de su despacho podía ver los anticuados cascos Schutzmann de los policías que vigilaban la embajada. Aparte de ellos, los berlineses realizaban su nocturno paseo sabatino por la Unter den Linden. El contraste entre la guerra y la paz creaba una desconcertante atmósfera de irrealidad. El expreso Berlín-Moscú estaba a punto de pasar entre los ejércitos alemanes expectantes cruzando la frontera como si nada malo ocurriera.

En Moscú, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Mólotov, llamó al conde Von der Schulenburg al Kremlin. El embajador alemán, después de supervisar la destrucción de los papeles secretos de la embajada, salió para ir a la reunión fijada para las nueve y media. Cuando se le puso ante las pruebas de los preparativos alemanes, no admitió que una invasión fuera a tener lugar. Simplemente expresó su consternación de que la Unión Soviética no pu-

diera entender la situación y rehusó responder a cualquier pregunta hasta que hubiera consultado con Berlín.

Schulenburg, un diplomático de la vieja escuela, que creía en el aforismo de Bismarck de que Alemania nunca debería entrar en guerra con Rusia, tenía buenas razones para sorprenderse de la ignorancia del Kremlin. Más de dos semanas antes había invitado a Dekanozov, entonces de regreso a Moscú, a una comida privada y le advirtió de los planes de Hitler. Era evidente que el viejo conde se sentía libre de toda lealtad hacia el régimen nazi después de que el Führer le hubiera mentido descaradamente, asegurándole no esconder ningún designio contra Rusia.* Pero Dekanozov, estupefacto ante tal revelación, inmediatamente sospechó una trampa. Stalin, que reaccionó de la misma manera, estalló ante el Politburó: «¡La desinformación ha llegado ahora hasta las embajadas!».⁴ Estaba seguro de que la mayoría de advertencias habían sido «*Angliyskaya provokatsiya*» (parte de una trama de Winston Churchill, el archienemigo de la Unión Soviética, para que se iniciara una guerra entre Rusia y Alemania). Desde la fuga de Hess a Escocia, la conspiración se había hecho aún más complicada en su mente.

Stalin, que se había negado a aceptar la posibilidad de una invasión hasta la tarde de ese sábado, todavía sentía terror de provocar a Hitler. Goebbels, con alguna justificación, lo comparaba con un conejo hipnotizado por una serpiente. Una serie de informes de los guardias fronterizos hablaba de que en los bosques al otro lado de la frontera se mantenían encendidos los motores de los tanques; que ingenieros militares alemanes construían puentes sobre los ríos y rompían las barreras de alambres de púas frente a sus posiciones. El comandante del distrito militar especial de Kiev advertía que la guerra comenzaría en cuestión de horas. Llegaban informes de que en los puertos del Báltico, las naves alemanas habían parado súbitamente de cargar y navegaban de regreso a su país. Sin embargo, Stalin, el dictador totalitario, todavía no podía aceptar la idea de que los acontecimientos podían estar fuera de su control.

Esa noche, después de largas discusiones en su estudio con los altos comandantes del Ejército Rojo, Stalin aceptó despachar en clave un aviso a todos los cuarteles de los distritos militares en el oeste: «En el curso del 22 al 23 de junio de 1941, es posible que los alemanes ataquen por sorpresa los frentes de Stalingrado y los distritos militares especiales del Báltico, del oeste, de Kiev y de Odessa. La tarea de nuestras fuerzas es no ceder ante cualquier provocación que suscite complicaciones importantes. Al mismo tiempo las tropas ... deben estar completamente preparadas para el combate, para responder a un posible ataque sorpresa de los alemanes y sus aliados». ⁵ La ma-

* Hitler tuvo ocasión de vengarse al final. Schulenburg, escogido en 1944 por los conspiradores de julio como ministro de Exteriores según el plan de asesinato en Rastenburg, fue colgado por los nazis el 10 de noviembre de ese año.

rina y algunos altos oficiales habían ignorado calladamente las órdenes de Stalin contra la movilización, pero, para muchas unidades, la advertencia, que no salió hasta pasada la medianoche, llegó demasiado tarde.

En Berlín, Berezkhov había abandonado toda esperanza de ponerse en contacto con el despacho de Ribbentrop a medida que avanzaba la noche. De pronto, a eso de las tres de la mañana, sonó el teléfono que tenía junto a él. Una voz desconocida anunció: «El señor ministro del Reich Von Ribbentrop desea ver a los representantes del gobierno soviético en el Ministerio de Asuntos Exteriores en la Wilhemstrasse». ⁶ Berezkhov explicó que tardaría en despertar al embajador y en ordenar un coche.

«El automóvil del ministro del Reich aguarda ya a las puertas de la embajada. El ministro desea ver a los representantes soviéticos de inmediato.»

Fuera de la embajada, Dekanozov y Berezkhov encontraron la limusina negra esperando pegada al bordillo. Un funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores totalmente uniformado estaba de pie junto a la puerta, mientras que un oficial de las SS permanecía sentado junto al conductor. Cuando partían, Berezkhov notó que, más allá de la Puerta de Brandenburgo, el amanecer ya clareaba en el cielo por encima de los árboles del Tiergarten. Era una mañana de pleno estío.

Cuando llegaron a la Wilhelmstrasse, vieron a una multitud de gente afuera. La entrada con su toldo de hierro forjado estaba iluminada con los focos de cámara para los equipos de noticias. Los periodistas rodearon a los diplomáticos soviéticos, cegándolos momentáneamente con los flashes de sus cámaras. Esta recepción inesperada hizo a Berezkhov temer lo peor, pero Dekanozov parecía inalterable en su creencia de que Alemania y Rusia estaban todavía en paz.

El embajador soviético, «apenas de cinco pies de estatura, con su pequeña nariz picuda y unas cuantas mechadas de cabello negro pegadas a la calva», ⁷ no era una figura impresionante. Hitler, cuando lo recibió por primera vez, hizo que dos de los guardias más altos de las SS lo flanquearan para marcar el contraste. Sin embargo el diminuto georgiano era peligroso para aquellos que tenían el poder. Se le había llamado el «verdugo de Bakú» a causa de sus actividades represivas en el Cáucaso después de la guerra civil rusa. En la embajada en Berlín, tenía incluso una cámara para torturas y ejecuciones construida en el sótano destinada a los sospechosos de traición en la comunidad soviética.

Ribbentrop, mientras esperaba que llegaran, paseaba de un lado a otro en su despacho «como una fiera enjaulada». Casi había perdido por completo la «expresión de estadista que reservaba para las grandes ocasiones».

«El Führer está absolutamente en lo correcto al atacar ahora a Rusia», repetía una y otra vez como si tratara de convencerse a sí mismo. «Los rusos de

hecho nos atacarían, si no lo hiciéramos nosotros.»⁸ Sus subordinados estaban convencidos de que no podría soportar la idea de destruir lo que consideraba su más importante logro: el pacto Mólotov-Ribbentrop. Es posible que hubiera comenzado a sospechar que la temeraria apuesta de Hitler se convertiría en el desastre más grande de la historia.

Se hizo pasar a los dos representantes soviéticos al gran despacho del ministro del Reich. Una extensión de suelo de parqué con diseños llevaba al escritorio en el otro lado de la habitación. Había estatuillas de bronce sobre pedestales alineadas contra las paredes. Cuando se acercaron, el aspecto de Ribbentrop impresionó a Berezkhov: «Su rostro estaba rojo e hinchado, sus ojos vidriosos e inflamados.»⁹ Se preguntó si habría estado bebiendo.

Ribbentrop, después de darles la mano del modo más somero, los condujo a un costado de una mesa donde se sentaron. Dekanozov comenzó a leer una declaración pidiendo garantías al gobierno alemán, pero Ribbentrop lo interrumpió diciendo que habían sido invitados a la reunión por razones muy distintas. Con vacilaciones pronunció lo que equivalía a una declaración de guerra, aunque esta palabra no fue nunca mencionada: «La actitud hostil del gobierno soviético hacia Alemania y la grave amenaza que representa la concentración de tropas rusas en la frontera oriental de Alemania ha obligado al Reich a tomar medidas militares en contra.»¹⁰ Ribbentrop repitió el mismo mensaje con diferentes palabras y acusó a la Unión Soviética de diversos actos, incluida la violación militar del territorio alemán. De repente Berezkhov vio claramente que la Wehrmacht debía de haber comenzado ya la invasión. El ministro del Reich se puso de pie bruscamente. Le entregó el texto completo del memorándum de Hitler al embajador de Stalin, que se había quedado sin habla: «El Führer me ha encargado informarle a usted oficialmente de estas medidas defensivas.»¹¹

Dekanozov también se levantó. Apenas llegaba al hombro de Ribbentrop. Por fin comprendió todo: «¡Ustedes lamentarán este ataque insultante, provocador y absolutamente rapaz contra la Unión Soviética. Lo pagarán muy caro!».¹² Se marchó seguido por Berezkhov, avanzando a grandes zancadas hacia la puerta. Ribbentrop se apresuró a seguirlos. «Diga en Moscú —susurró con premura— que yo estaba en contra de este ataque.»

Ya había amanecido cuando Dekanozov y Berezkhov subieron en la limusina para el corto trayecto hasta la embajada soviética. En la Unter den Linden encontraron que un destacamento de las tropas de las SS había acordonado la manzana. Dentro, los miembros del personal, que aguardaban su regreso, les dijeron que las líneas telefónicas habían sido cortadas. Sintonizaron el aparato de radio con una estación rusa. Moscú estaba adelantada una hora respecto al horario de verano alemán, de modo que eran las seis de la mañana del domingo 22 de junio. Para su asombro y consternación, el boletín de noticias se concentraba en la subida de las cifras de producción de la

industria y la agricultura soviéticas. Seguía un programa de gimnasia. No hubo ninguna referencia a la invasión alemana. Los oficiales de la NKVD y la GRU (inteligencia militar) de la embajada subieron inmediatamente al piso superior, un área restringida sellada con puertas de acero y ventanas de hierro. Los documentos secretos fueron quemados en unos hornos de incineración rápida instalados para casos de emergencia.

En la capital rusa, las defensas antiaéreas estaban en alerta, pero la masa de la población todavía no tenía idea de lo que estaba pasando. Los miembros de la *nomenklatura* a los que se les había ordenado permanecer en sus puestos se sentían paralizados por la falta de dirección. Stalin no había hablado. No se había definido una línea divisoria entre la «provocación» y la guerra declarada y nadie sabía lo que ocurría en el frente. Las comunicaciones habían quedado cortadas con el ataque.

Incluso las esperanzas de los optimistas más fanáticos del Kremlin se derrumbaban. Se recibió confirmación a las 3.15 del comandante de la flota del Mar Negro de un ataque aéreo alemán contra la base naval de Sebastopol. Los oficiales navales soviéticos no podían evitar pensar en el ataque sorpresa japonés contra Port Arthur en 1904. Georgi Malenkov, uno de los socios más cercanos de Stalin, se negó a creer en la palabra del almirante Nikolai Kuznetsov, así que telefoneó él mismo para comprobar que no se trataba de una treta de los altos oficiales para obligar al jefe a actuar. A las cinco y media (dos horas después de que comenzara el ataque en las fronteras occidentales), Schulenburg había comunicado la declaración de guerra nazi a Mólotov. Según un testigo presencial, el viejo embajador había hablado con lágrimas de rabia en los ojos, agregando que pensaba personalmente que la decisión de Hitler era una locura. Mólotov había corrido al despacho de Stalin, donde el Politburó estaba reunido. Al parecer Stalin, al oír las noticias, se hundió en su asiento y no dijo nada. La retahíla de sus obsesivas equivocaciones ofrecía bastante material para una amarga reflexión. El líder más afamado por su despiadada astucia había caído en una trampa que en buena parte era producto de sus propias acciones.

En los días siguientes las noticias del frente fueron tan catastróficas que Stalin, cuyo carácter intimidante contenía una buena dosis de cobardía, llamó a Beria y a Mólotov para una conversación secreta. ¿Debían hacer la paz con Hitler, fuesen cuales fuesen el precio y la humillación, como había ocurrido con el tratado de Brest-Litovsk en 1918? Podían renunciar a la mayor parte de Ucrania, Bielorrusia y los estados del Báltico. El embajador búlgaro, Iván Stamenov, fue más tarde llamado al Kremlin. Mólotov le preguntó si actuaría como intermediario, pero para su asombro, aquél rehusó: «Incluso si ustedes se retiran a los Urales —replicó— aún ganarán al final».¹³

La amplia mayoría de la población en el interior de la Unión Soviética desconocía por completo el desastre que estaba aconteciéndole al país. Como correspondía a un día de descanso, el centro de Moscú estaba desierto. El almirante Kuznetsov, jefe del estado mayor de la marina, reflexionaba sobre el pacífico panorama en su coche camino del Kremlin. Los habitantes de la capital «todavía no saben que un incendio arde en las fronteras y que nuestras unidades de vanguardia están dedicadas a una ardua lucha».

Finalmente, al mediodía del 22 de junio, la voz de Mólotov, no la de Stalin, se oyó en la radio. «Hoy a las cuatro de la mañana tropas alemanas atacaron nuestro país sin hacer ninguna reclamación a la Unión Soviética y sin haber declarado la guerra.» Su comunicación casi no daba detalles. «Nuestra causa es justa —concluía inexpresivamente—. El enemigo será rechazado. Obtendremos la victoria.»

Aunque las palabras elegidas por Mólotov carecían de inspiración y su modo de hablar fue torpe, su anuncio generó una potente reacción en toda la Unión Soviética. La ciudad de Stalingrado sobre el Volga podía estar lejos de la lucha, pero esto no disminuyó el impacto. «Era como si una bomba hubiera caído del cielo, fue una conmoción», recordaba una joven estudiante.¹⁴ Se apresuró a presentarse como enfermera voluntaria. Sus amigos, miembros del Komsomol (la Juventud Comunista) comenzaron a hacer colectas para el esfuerzo bélico.

Los reservistas no esperaron la orden de movilización. Se presentaron enseguida. A la media hora del discurso de Mólotov, el reservista Viktor Goncharov salió de su casa para dirigirse al centro en compañía de su viejo padre, el cual presuntamente iba a despedirlo. Su esposa, que trabajaba en el parque tranviario de Stalingrado, no podía venir para decirle adiós. No tenía idea de que su padre, un anciano cosaco de ochenta años que había «luchado en cuatro guerras», estaba planeando presentarse también como voluntario.¹⁵ Pero el viejo Goncharov se enfureció cuando el personal del centro lo rechazó.

En la Universidad Técnica de Stalingrado, cerca de la gran fábrica de tractores de Stalingrado, los estudiantes colgaron un gran mapa en la pared, preparado para marcar con banderas el avance del Ejército Rojo en Alemania. «Pensábamos —dijo uno— que con un enorme golpe decisivo aplastaríamos al enemigo.»¹⁶ Incontables noticiarios sobre la producción de tanques y los logros aeronáuticos los habían convencido de la inmensa fuerza militar e industrial de la Unión Soviética. Las imágenes habían resultado doblemente impresionantes en un país que, hasta hacía poco, había sido tecnológicamente atrasado. Además, la omnipotencia interior del sistema estalinista hacía que pareciera inmovible a los que estaban dentro de él. «La propaganda cayó en un suelo fértil», reconocía otro de los estudiantes

de Stalingrado. «Todos teníamos esta poderosa imagen del estado soviético y por tanto de la invencibilidad del país.»¹⁷ Ninguno de ellos imaginaba el destino que esperaba a la Unión Soviética, aún menos lo que le reservaba a la ciudad modelo de Stalingrado con sus plantas de ingeniería, parques municipales y sus altos bloques blancos de apartamentos que miraban a la otra margen del gran Volga.